

# Los nuevos caminos de la integración en América Latina

*Jorge Vergara Estévez*

## **Resumen**

Este ensayo tiene dos partes. En la primera se hace una breve presentación de la actual situación económica, política y cultural de América Latina que ha sido generada por las transformaciones de las últimas dos décadas en nuestras sociedades. Éstas han estado íntimamente ligadas al creciente proceso de globalización. La referida situación, por una parte, constituye el contexto y, por otra, condiciona las nuevas orientaciones que han asumido los procesos de integración regional en este periodo. En la segunda parte, se exponen algunas propuestas para la renovación del pensamiento sobre la integración regional. Esto debe asumir e incorporar tanto los cambios teórico-conceptuales, el agotamiento del humanismo desarrollista en América Latina, así como las referidas transformaciones sociales y de los procesos de integración regional actual en el contexto de la globalización. Asimismo, se proponen nuevas maneras de construir conocimiento sobre integración y una nueva orientación que potencie sus posibilidades intelectuales y prácticas.

## **Abstract**

This essay has two sections. On the first one it does a brief introduction of the present economic, political and cultural situation in Latin America. Changes on these issues have been integrally bound up to the recent globalization process, which have determined changes in the region and new orientations towards integration. On the second one, it offers some innovative ideas about regional integration. This must contemplate and incorporate the conceptual and theoretical changes, the weakening of the humanistic developmental approach, as well as the so called social transformations and the regional integration process going on recently because of the globalizing process. Likewise, the author proposes new ways to build knowledge as far as integration and the new orientation that enhances the intellectual possibilities and practice.

## **La situación latinoamericana**

Desde mediados de los setenta América Latina experimenta un periodo de intensas, radicales y dramáticas transformaciones. Éstas pueden ser descritas sintéticamente como la crisis y sustitución del Estado populista con su modelo económico "hacia dentro", su cultura del desarrollo y la modernización, por un nuevo tipo de Estado "neoliberal", con un "nuevo" modelo exportador y una cultura globalizada: la ruptura de los consensos del humanismo desarrollista y de un economicismo de la desesperanza. No hay acuerdo en el análisis y valoración de estas transformaciones, tanto en el discurso político como en el de las ciencias sociales regionales. Y estas diferencias de interpretación se deben no sólo a la existencia de diferentes concepciones políticas y económicas, sino

a profundas heterogeneidades en la construcción social de la realidad latinoamericana, incluyendo su dimensión cultural y el modo de concebir el futuro.

Los partidarios de las reformas neoliberales destacan los logros en el aumento de las exportaciones, el descenso de los índices de inflación y en el equilibrio de los índices macroeconómicos. Los costos sociales y medioambientales serían una condición necesaria, pero transitoria, para alcanzar el bienestar y el equilibrio futuro. Por ello, son los herederos, quizá únicos actualmente, de las ilusiones de la utopía del progreso, concebido como tendencia objetiva de la historia que se cumple si se respetan determinadas condiciones. Sus críticos, en cambio, destacan la caída de los índices de descenso del ingreso *per capita*, de los niveles de empleo y de vida, el aumento de la pobreza en casi todos los países, el creciente desequilibrio en el desarrollo de las regiones y de los sectores productivos (Kennedy, 1993 y CEPAL 1995). "El crecimiento económico no ha bastado para eliminar las inequidades y las pobrezas; (...) de manera simultánea a la globalización, se está dando un fenómeno de segmentación regional y social que ha agrandado las asimetrías económicas, sociales y regionales" (Aranibar, 1996: 4 y 6).

Otros autores han explicitado su carácter destructivo y excluyente dada la magnitud del deterioro ambiental y la cronificación de la marginalidad. "La economía neoliberal hace de la competitividad en los mercados su máximo y único criterio. A partir de él condena a la muerte y se desentiende de los expulsados y marginados, pero igualmente de la naturaleza: (...) destruye a los seres humanos y la naturaleza a escalas cada vez mayores" (Hinkelammert, 1992: 19 y 1996: 24). Por su parte, el Club de Roma señala: "la sociedad sostenible jamás podrá resultar de una economía mundial que confía exclusivamente en las fuerzas del mercado; aunque éstas sean importantes para mantener la vitalidad y la capacidad innovativa de la economía, (...) las fuerzas del mercado sólo reaccionan a señales a corto plazo" (Club de Roma, 1991, cit. Hinkelammert, 1992: 20).

A nivel político, la consolidación de los sistemas democráticos que, tal vez por vez primera, abarcan casi toda la región, presenta, sin embargo, importantes limitaciones. A diferencia de lo sucedido hasta los setenta, ha estado acompañada del aumento de la pobreza y de las desigualdades socioeconómicas. Algunos países de la región como Brasil, Colombia y Chile, por ejemplo, se encuentran entre los menos equitativos a nivel mundial. En estas condiciones no es fácil explicar el retorno y la manutención de los regímenes democráticos, más allá del justificado temor a los autoritarismos y las favorables condiciones políticas internacionales. "Podríamos interpretar la democracia emergente en América Latina como una reivindicación de la integración social o, simplemente, de

"comunidad" que compensa la desintegración profunda producida por los procesos económicos" (Lechner, 1992: 12).

Estos sistemas democráticos, concordando con las teorías políticas neoconservadoras prevaletentes y las necesidades del ajuste económico, han adquirido modalidades crecientemente elitistas que han llevado al debilitamiento de los parlamentos y a la concentración de poder en el ejecutivo, que con frecuencia asume formas neocaudillistas (Fujimori, Menem y otros). Consiguientemente, no se han creado formas diversificadas e institucionalizadas de participación política, repitiendo, en cierto sentido, los errores de los regimenes populistas precedentes. Sólo se han dado algunas limitadas experiencias a nivel municipal en Bolivia y otros países, pese a la difundida retórica sobre la municipalización y descentralización en algunos países; así, la fragmentación política de los sectores populares se ha convertido en un mecanismo de manutención de estos sistemas democráticos de tal manera que "La estabilidad política claramente depende de la eficacia con que se retenga y desvirtúe el avance popular, en otras palabras, en la medida en que el pueblo no se constituya en un agente político autónomo" (Ruiz, 1992: 114). Constatamos, asimismo, importantes transformaciones en las "clases políticas" latinoamericanas: asimilación a los estilos de vida de los sectores predominantes, internacionalización, "tecnocratización", es decir, creciente presencia de empresarios en las dirigencias políticas –incluso a nivel presidencial– y de directivos provenientes del área privada en el aparato estatal, así como disminución de dirigentes provenientes de sectores populares, etcétera. (Duverger, 1972: 161 a 291).

Todo ello parece contribuir a la creciente alienación entre la vida cotidiana y el mundo político: "según múltiples encuestas de opinión pública, los políticos profesionales de nuestra sociedad (son) vistos como una casta que se reproduce por cooptación autolegitimada y autorreferencial y (son) vistos con decreciente capacidad de representar a los ciudadanos" (Aranibar, 1996: 10). Se trata asimismo de democracias cada vez más débiles frente a los "poderes ficticios" o *lobbys*, especialmente empresariales, militares y de narcotraficantes. Se han propuesto varias denominaciones para este nuevo tipo de Estado y sociedad: "sistemas neoligárquicos", "democracias limitadas", "democracias delegativas", "democracias electorales", etcetera. (Ruiz, 1992; Zemelman, 1992 y Weffort, 1993).

Es difícil caracterizar la actual situación cultural de América Latina. En términos generales, puede decirse que asistimos al agotamiento o pérdida de vigencia de la cultura democrática precedente caracterizada por: a) el consenso sobre la necesidad del desarrollo del Estado y su papel protagónico, revolucionario o planificador; b) sus tendencias humanistas provenientes del populismo, el liberalismo democrático, el socialismo, el pensamiento cepaliano y el social-



cristiano; c) el optimismo respecto a las posibilidades de desarrollo y de lograr sociedades latinoamericanas sin exclusión y con un alto grado de integración social, y d) el proyecto de constituir y desarrollar culturas nacionales, con propia especificidad. Estos consensos y formas de pensamiento favorecieron las democracias populistas y desarrollistas y los movimientos populares. Desde los ochenta asistimos a la profundización de la crisis del Estado en América Latina, y no sólo del Estado populista keynesiano; las referidas formas de pensamiento ya no parecen capaces de proporcionarnos las claves para la comprensión de la realidad latinoamericana; y la globalización no sólo económica, sino política y cultural está homogeneizando crecientemente las culturas nacionales.

A consecuencia de todo esto y en especial por la derrota de los movimientos populares y de los intentos reformistas de los sesenta y setenta, se ha difundido un conformismo de masas y un profundo pesimismo intelectual, como ha señalado Touraine (1996: 6). Estas posturas están acompañadas por actitudes escépticas, cínicas o desencantadas sobre el futuro de nuestros países y respecto a la posibilidad de disminuir la dominación e injusticia y son potenciadas por el nihilismo banalizado de los medios comunicativos. Por todo ello es que los niveles de resistencia a la aplicación de este doble modelo de exclusión –modernización neoliberal y democracias elitarias–, han sido relativamente bajos si se comparan con los sesenta y setenta, o suelen asumir formas desesperadas. Hemos pasado desde “una cultura de la esperanza” a “una cultura de la desesperanza” (Hinkelammert, 1996).

Sin embargo, en los últimos años han surgido nuevos movimientos sociales, especialmente campesinos y étnicos, en Brasil, México, Bolivia, entre otros; pero también estudiantiles, de empleados públicos, ecológicos y urbanos, en Chile, Argentina y otros países. Paralelamente, asistimos a un proceso de resignificación y maduración del pensamiento crítico que se ha diversificado en distintas corrientes alternativas: teología de la liberación, filosofía latinoamericana, ciencias sociales críticas, multiculturalismo, educación crítica, pensamiento ecológico, reafirmación de las culturas originarias y otros. En América Latina, más que un “agotamiento de la energía utópica”, como sucede en Europa, estamos frente a un proceso de dispersión, diferenciación y enriquecimiento de dichas energías desde las cuales comienzan a constituirse los actores de un nuevo proceso de cambio social (Habermas, 1984 y Hopenhayn, 1994). Y es probable, entonces, que se produzca una reconstitución y recreación de los movimientos socialistas latinoamericanos, siempre que éstos superen sus tendencias estatistas, desarrollen la participación política y acepten la autonomía de los movimientos sociales y la especificidad de sus demandas (Vergara, 1995).

### Los nuevos procesos de integración

En este contexto, constatamos que desde fines de los ochenta los procesos de integración regional aparecen dotados de un significativo dinamismo y vigencia. En el nivel del imaginario social, podría decirse que el discreto encanto de la integración ha sobrellevado bien la crisis de referentes que ha cuestionado radicalmente la vigencia de otros, como ha sido el caso del socialismo (*cfr.* Habermas, 1990; Feher, 1991 y Vergara, 1995). Sin embargo, como veremos, dichos procesos presentan un conjunto de déficits que limitan la magnitud del aporte que podrían hacer tanto al desarrollo, entendido en sentido integral, como a la consolidación de la democracia. En los últimos diez años, después de la profunda crisis y casi paralización de los ochenta, dichos procesos han experimentando modificaciones profundas tanto en el nivel discursivo como en el práctico. Están transitando hacia una nueva fase o etapa, por tanto, sus características están configurándose y no son fáciles de precisar. Intentaremos precisar algunas de sus principales orientaciones.

En primer lugar, no podríamos comprender estos procesos de integración sin referencia a la globalización. En las últimas décadas, constatamos una creciente profundización de la interdependencia y dependencia entre nuestra región y los procesos, nuevas condiciones y tendencias que crean los procesos de globalización (Hinkelammert, 1998). Estos no son fenómenos enteramente nuevos en América Latina, pero sí lo es la forma que actualmente asumen la interrelación y dependencia de nuestra región con respecto a los países del Norte (Larraín, 1996). Aparentemente, se trata de un conjunto abierto de dinámicas de interrelación en el cual todos pueden participar con la misma libertad y con similares posibilidades de beneficiarse con ellas. Sin embargo, esto no es así. Como lo ha mostrado el historiador Paul Kennedy, la ubicación geográfica en que se encuentra un país, su cultura, la magnitud y tipo de sus recursos humanos, materiales y tecnológicos "afectan en gran medida sus perspectivas a la hora de enfrentarse a las inminentes transformaciones globales" (Kennedy, 1993: 29). Se constituye así una compleja situación que algunos autores denominan "globalización asimétrica" (Rojas, 1993).

Estas transformaciones mundiales tanto económicas, como políticas y culturales, y las dinámicas de cambio de nuestras sociedades, íntimamente ligadas a ellas, condicionan, en distinta medida, los procesos de integración en sus distintos aspectos. La globalización ejerce una función selectiva frente a dichos procesos en América Latina: favorece algunos, es indiferente frente a otros o dificulta o bloquea otros. Especialmente, estimula la integración económica, como apertura unilateral de mercados y aumento del comercio, no sólo regional, sino intrarregional, como parte del proceso de transnacionalización económica.

Conviene recordar, por ejemplo, que la mayoría del comercio entre Brasil y Argentina en el Mercosur es un comercio intrafirmas (Deníz, 1997).

Se ha generado una ideología mesiánica de la globalización, dirigida especialmente a los países del Sur, de la cual el FMI es el principal emisor: "globalización ofrece posibilidades extraordinarias de progreso en términos de organización, eficacia, productividad, difusión de conocimientos, mejoras de nivel de vida y acercamiento entre los hombres" (Camdessus, 1996). Sin embargo, con mucho menos energía e insistencia se cuestiona el proteccionismo de las naciones del Norte. Por otra parte, en el pasado reciente, hubo completa oposición a la concertación de los países deudores latinoamericanos frente a los carteles de acreedores. Considerando las tendencias principales de las actuales dinámicas de la globalización, habría que cuestionar a quienes, basadas en el principio de la incertidumbre, dicen que la situación es imprevisible. Sigue habiendo un "nuevo" guión principal que le cabe a nuestros países en el Nuevo Orden Internacional: comprador de productos elaborados, vendedor de materias primas y, en algunos casos, de maquiladores, por una parte, y por otra, partícipes pasivos, casi observadores, en el nuevo orden político. Por eso es que los analistas del Norte no creen que en las próximas décadas los procesos de integración, especialmente políticos, pudieran llegar a convertir a América Latina en un interlocutor significativo en las relaciones internacionales (v.gr. Kennedy, 1993).

En segundo lugar, otra característica relevante de los actuales acuerdos de integración es una marcada tendencia a la subregionalización, contrapesada por nuevos intentos de regionalización. Hasta los setenta, inclusive, existía la idea, basada en la tradición de pensamiento integracionista desde Bolívar, de que debía generarse un gran proceso de integración al que debían concurrir simultáneamente todos o casi todos los países de la región, sin participación significativa de naciones externas. El objetivo máximo era la constitución de complementación económica como la ALAC y el SELA de 1975. Incluso, muy tempranamente, en la Conferencia de Punta del Este de 1967, se había acordado poner en funcionamiento un Mercado Común Latinoamericano en 1985.

Sin embargo, a fines de los setenta, esas distintas formas de asociación política y económica habían entrado en un proceso de decadencia, por tres razones principales. Una, la extrema dificultad de establecer acuerdos económicos entre economías con fuerte proteccionismo y volcadas al desarrollo del mercado interno. Dos, la presencia de un importante número de países de dictaduras militares que, en general, se desentendieron de los acuerdos de integración, aunque sí se preocuparon de la coordinación de los servicios represivos. Tres, el agotamiento del panamericanismo que se expresa en la existencia silenciosa de la OEA.

El surgimiento en los ochenta de nuevas asociaciones en el campo político



fue, en importante medida, una consecuencia de las crisis política y económica regional del periodo. El conflicto político y militar de Centroamérica, con la creciente injerencia de las grandes potencias a comienzos de los ochenta, hizo surgir el Grupo Contadora que se convirtió posteriormente en el Grupo de Río, la modalidad más importante de asociación política de la región. Sin embargo, como lo muestran diversos análisis, dicha asociación, aunque ha tenido influencia en la resolución de la crisis centroamericana y en el rechazo internacional de la Ley Helms-Burton, constituye sólo una instancia de "concertación" y no de "integración política" propiamente tal (Rico, 1996 y Tokatlián 1996: 71 y 72).

En los noventa, los acuerdos de integración económica subregional han tenido un gran impulso: entre otros CARICOM, pero, especialmente el Mercosur. Esto no significa que hayan desaparecido los acuerdos regionales, como la ALADI, pero su papel es muy limitado. Recientemente están surgiendo nuevos acuerdos interregionales, de los cuales el más importante es el Área de Libre Comercio (ALCA), liderada por Estados Unidos. Sin embargo, actualmente el protagonismo aún lo poseen los acuerdos subregionales. Esta situación de subregionalización podría ser superada en un futuro mediano si el ALCA lograra crear una zona de libre comercio de las Américas, o bien si el Mercosur llegara a extenderse a toda Sudamérica, dada la crisis, al parecer terminal, del Grupo Andino.

Una tercera característica ligada a la globalización es la presencia creciente de países extrarregionales en la integración regional, especialmente Estados Unidos y, en mucho menor medida, España. En pocos años han surgido tres propuestas norteamericanas de coordinación en el área económica: Tratado de Libre Comercio (TLC o NAFTA), Iniciativa para las Américas (IPA) y el Área de Libre Comercio (ALCA). De ellas, sólo NAFTA ha logrado desarrollarse de un modo doblemente restringido, puesto que incluye sólo a un país latinoamericano —México— el cual tiene un papel relativamente secundario frente al peso de Estados Unidos y Canadá. Esta asociación, que ha favorecido la concentración del comercio mexicano con Estados Unidos, ha llevado a una situación de relativo aislamiento de México respecto al proceso de integración latinoamericano, donde podría llegar a desempeñar un papel relevante y de equilibrio respecto a Brasil.

La IPA no tuvo éxito y no es seguro que el ALCA lo consiga, pero si lograra consolidarse, y la administración Clinton parece decidida a ello, se plantearía el problema de las relaciones con el Mercosur. Mientras tanto, Estados Unidos busca convertirse en el principal proveedor de productos elaborados, "el socio comercial más natural y deseable de esta región. (...) Nuestra ausencia le ha abierto las puertas a un cortejo de la región por parte de la Unión Europea y otros países", como señala el actual Secretario de Comercio; Mercosur, por su parte, proyecta diversificar sus socios comerciales, especialmente hacia el Asia y mejorar

cualitativamente su paquete de exportaciones (Daley, 1997: 2 y Formento *et al.* 1996: 26 y 27). Se trata de dos proyectos que son tendencialmente diferentes y quizás opuestos, ya que el fortalecimiento del Mercosur aumenta su capacidad de negociación con Estados Unidos y éste no es precisamente el objetivo de ALCA. Señala un observador: "Los pasos dados por el Mercosur con la Unión Europea han hecho que los EE.UU. empiecen a mirar(lo) con el fin de neutralizar este avance (...) La principal preocupación de Estados Unidos hoy, pasa por poner en marcha la ALCA y reducir los alcances del Mercosur, y en particular de Brasil que se constituye en el principal obstáculo en materia de hegemonías en el contexto latinoamericano" (Dentice, 1997: 32).

Las recientes tensiones por la decisión de Brasil de limitar el acceso de importaciones norteamericanas a sus mercados, como respuesta al proteccionismo de Estados Unidos; su propuesta de retardar el inicio de las negociaciones del ALCA y las recientes declaraciones del presidente Fernando Henrique Cardoso en el sentido de que el Mercosur ha dejado de ser sólo un pacto comercial para convertirse en una verdadera unión y un referente político con la integración plena de Chile y Bolivia, son señales del tenso carácter que pueden llegar a asumir las relaciones entre el NAFTA y el Mercosur (*El Mercurio*, 1997: A 15). A ello se agrega el interés de México en el Mercosur y la reciente propuesta del gobierno chileno de que éste último asuma una posición de liderazgo en la ALCA, lo que implicaría que las negociaciones incluyan los temas que interesan a los países latinoamericanos "y no solamente aquella agenda que Estados Unidos quiere imponer como prioritaria" (*Ibidem*). Todo esto pareciera indicar un moderado renacimiento del nacionalismo latinoamericano, en el contexto de la crisis general de la hegemonía norteamericana y la competencia entre el NAFTA y la Unión Europea. Ciertamente que se trata de dos asociaciones muy disímiles: el NAFTA es la mayor con el 29 por ciento de participación en el Producto Mundial y el Mercosur la más pequeña con el 3 por ciento (Larraín F. 1996: 22). Sin embargo, el Mercosur puede crecer con el ingreso de los otros países sudamericanos, mientras que el apoyo de la Comunidad Europea puede aumentar, en alguna medida, su capacidad de negociación. Y en este caso, las Cumbres Iberoamericanas, como forma de cooperación o concertación política interregional, podrían adquirir una nueva significación.

En cuarto lugar, los procesos de integración regional presentan un desarrollo desigual en el cual constatamos avances significativos en la integración económica, entendida básicamente como creación de zonas de libre comercio; cierto nivel de desarrollo de concertación política, que no llega aún al nivel de integración propiamente tal y muy modestos resultados en el campo cultural. A nivel económico, aunque se trata de importantes avances, desde una perspectiva comparativa con el proceso de unificación europea, que ha sido desde hace



décadas el modelo para la integración latinoamericana, estamos sólo en camino hacia la primera etapa que es la del Mercado Común, que consiste "básicamente en una unión aduanera entre sus miembros, una zona de libre mercado y un sólo arancel exterior" (Bell, 1994: 2).

Un proceso de integración económica propiamente tal requeriría: a) alcanzar la coordinación de los principales indicadores macroeconómicos de las economías implicadas: crecimiento del PIB, inflación, tasa de desempleo, balanza de pagos, niveles de ingreso *per capita* y otros; b) no sólo dicha coordinación, sino que las diferentes economías concertadas alcancen niveles semejantes de desarrollo y crecimiento; c) que no sólo se trate de personas; d) que se fije un tratamiento diferenciado para el ingreso de bienes, capitales y personas provenientes de otras regiones; e) compatibilizar u. homogeneizar las normas jurídico-económicas de toda la región; f) la creación de organismos supranacionales de legislación y de normas obligatorias en las áreas financiera, de comercio y laboral para todos los países signatarios, tanto como mecanismos para dirimir conflictos de competencia o de choque de intereses; g) programas especiales de apoyo a las economías más débiles para que alcancen los estándares demandados—incluso bajo forma de subsidios— para estimular su crecimiento y que disminuyan sus desniveles con las más fuertes; h) tratamiento diferenciado, en ciertas áreas, a las economías más débiles; i) el proyecto a largo plazo de una moneda única, etcétera.

En quinto lugar, podemos decir que se han producido cambios significativos en el modo de concebir el proceso de integración. Hasta los ochenta había un consenso del carácter complejo o integral, y no sólo económico, de la integración regional. Sin embargo, a nivel político y cultural los resultados de las décadas precedentes fueron bastante limitados. Actualmente, constatamos la tendencia a reducir la integración a sus aspectos económicos, de acuerdo a la perspectiva norteamericana diferente de la europea, minimizando o excluyendo sus aspectos políticos y culturales (Ondarts, 1992). Consiguientemente, constatamos una tensión entre aquellos que conciben la integración regional a partir de la integración económica, considerando las otras formas de integración como derivadas o secundarias y aquellos que plantean que la integración requiere del desarrollo paralelo y complementario de sus distintos aspectos (Vergara, 1997 b). La bibliografía muestra diversas maneras de evaluar los logros y debilidades de los actuales procesos de integración económica y de analizar sus características y efectos. Sin embargo, en ningún caso podría dejarse de lado la pregunta sobre la relación entre los procesos de integración efectivamente reales y las condiciones de desarrollo humano y de desarrollo integral en nuestra región. Y, en general, hasta ahora estos procesos parecieran constituir predominantemente la dimensión globalizada del modelo neoliberal prevaleciente.

La primera postura mencionada corresponde a la difusión de un nuevo economicismo, diferente del marxista tradicional y proveniente ahora de la teoría neoliberal. Para esta doctrina –cuya científicidad ha sido puesta en duda con buenas razones– el núcleo central del fenómeno humano y de la vida social lo constituyen los fenómenos económicos, entendidos como cálculo y acción racional de minimización de costos y maximización de los beneficios en el mercado (Hinkelammert, 1984). Se trata, por ello, de un “mercadocentrismo”. El economicismo soviético se orientaba al “pleno desarrollo de las fuerzas productivas”, considerado como la condición de posibilidad de la utopía de una sociedad comunista. El nuevo economicismo, por su parte, busca el pleno desarrollo y liberación del mercado al cual atribuye todas las cualidades positivas.

De acuerdo a esta doctrina, la maximización del crecimiento económico, independientemente de sus costos humanos y medioambientales, sería el camino seguro para alcanzar la utopía del bienestar de todos. Sin embargo, el mercado no es autónomo, ni sus supuestos son absolutos ni relativos históricamente. Su concepto de desarrollo como crecimiento económico, el supuesto de que lo que mueve a las personas es su egoísmo, su concepción de la libertad en y para el mercado, corresponden a discutibles supuestos y concepciones histórico-culturales y no a caracteres permanentes de la esencia humana (Vergara, 1984). La complejidad de las relaciones entre mercado, desarrollo y cultura, más allá del esquematismo neoliberal, la ha convertido en un importante tema del debate actual.

En sexto lugar, en las ciencias sociales estamos en presencia de “la emergente centralidad de la dimensión cultural”, no sólo por la relevancia que han adquirido los estudios culturales, sino también por la importancia que han asumido las áreas interdisciplinarias: historia de las ideas, de las mentalidades, cultura política, cultura económica, entre otras (Calderón, Hopenhayn y Ottone, 1996). Hoy se reconoce la relevancia de los aspectos culturales en el funcionamiento de los sistemas, conflictos y procesos políticos aunque no se hayan elaborado suficientemente las metodologías para estudiarlos. En el discurso de los intelectuales de la integración empieza a producirse un consenso de que la integración cultural es el fin de toda forma de integración y, a la vez, un medio necesario para las otras formas de integración. Esto es reconocido, en cierta medida, a nivel de los protocolos de integración, no obstante, las iniciativas específicas son de escasa y limitada cobertura. La mayor parte de los acuerdos de integración cultural no llegan a realizarse. La educación para la integración es sólo incipiente y no ha habido esfuerzos de incorporarla a los medios de comunicación, ni al proceso educativo. De este modo el nivel de conocimiento y opinión sobre el tema es muy limitado (Vergara, 1997a).

Puede decirse, en séptimo lugar, que los actuales procesos de integración regional muestran un marcado carácter elitista: han estado limitados al nivel del

Estado y casi exclusivamente al poder Ejecutivo y las fuerzas armadas y, en la sociedad civil, a los sectores empresariales. La participación de los representantes ha sido extremadamente limitada. El Parlamento Latinoamericano casi carece de atribuciones y de relevancia y también son muy restringidas las funciones de los parlamentarios en el Mercosur. No se han establecido mecanismos de cooperación entre los sistemas judiciales; en varios casos los funcionarios encargados de temas de integración regional carecen de la formación especializada y la necesaria motivación (Bustamante, 1996). Tampoco se han hecho esfuerzos sistemáticos por informar, interesar e involucrar a los diversos sectores y actores de la sociedad civil.

### **Necesidad de renovación del pensamiento de la integración**

Las transformaciones societales mencionadas; las actuales orientaciones que han asumido los procesos de integración; los nuevos problemas que nos plantea la actual coyuntura histórica en América Latina hacen necesaria una revisión evaluativa y crítica del pensamiento y las prácticas integracionistas predominantes, en vista de la progresiva renovación del pensamiento de la integración. Se trata, ciertamente, de una tarea difícil, pues las condiciones existentes tienden mucho más a dificultarla que a estimularla, especialmente porque el tema de la integración regional ha sido convertido en un "problema técnico" de las cancillerías y los ministerios de hacienda y economía, los que no se muestran interesados en revisar sus planteamientos más allá de los ajustes técnicos o pragmáticos. No obstante, como se ha dicho, la integración regional es nuestra más entrañable y, agregaríamos, irrenunciable utopía. Esta renovación requeriría del concurso de diversos aportes: investigadores y pensadores de diferente origen disciplinario: científicos sociales, naturales, filósofos, ensayistas por una parte y, por otra, de "intelectuales orgánicos" de movimientos sociales, artísticos, étnicos y otros. Y, difícilmente, podría producirse espontáneamente, sin el apoyo de universidades, organismos de integración y otras instituciones.

El diseño del pensamiento innovador sobre la integración es actualmente una tarea necesaria debido a la crisis del "pensamiento clásico" sobre la integración, cuyo origen fundacional se encuentra en Simón Bolívar y Andrés Bello. Esta crisis tiene un doble origen. Por una parte, se liga a la crisis de la racionalidad moderna y del humanismo, por otra a las transformaciones de las ciencias sociales latinoamericanas.

No podríamos ahora caracterizar esta crisis de la racionalidad y del humanismo modernos, sino que sólo mencionaremos algunas de sus expresiones principales: la crisis de paradigmas en las ciencias sociales y naturales, del discurso metafísico, el predominio del escepticismo cognoscitivo y el irraciona-



lismo, que se manifiesta en el pesimismo cultural y las posturas postmodernas. En el caso del humanismo, constatamos la pérdida de vigencia de los fundamentales principios normativos de la modernidad: autodesarrollo, autonomía y autogobierno y de los valores de la igualdad y de la libertad. Paralelamente, observamos el interés que despiertan las posiciones antihumanistas nietzscheanas, foucaultianas y otras. La atracción intelectual que despierta el neoliberalismo de Hayek y Popper es sintomático de la situación actual, pues estos autores combinan el escepticismo gnoseológico, el individualismo posesivo, con el irracionalismo, no sólo cognoscitivo, y el darwinismo social. Asimismo, hay una gran difusión de posturas tecnocráticas y, consiguientemente, en el campo de la política y la sociedad predomina un pragmatismo esquemático y cortoplacista, que en nombre del realismo, es una forma de conformismo social y político.

Paralelamente, en América Latina observamos un periodo de profundas transformaciones de las ciencias sociales y de la filosofía en las que se realizan nuevas y significativas investigaciones sobre la sociedad y cultura latinoamericanas que cuestionan muchos supuestos anteriores, cambian la imagen que de ellas teníamos y aportan nuevas perspectivas para analizar los procesos de integración. Mencionaremos por ahora los nombres de Guillermo Bonfil Batalla, Fernando Calderón, Orlando Fals Borda, Alberto Flores Galindo, Franz Hinkelammert, Aníbal Quijano, Jorge Larraín, Néstor García Canclini, Norbert Lechner, Pedro Morand, Arturo Roig, Darcy Ribeiro, Heinz Sonntag, Francisco Weffort, Leopoldo Zea, Hugo Zemelman, entre otros.

Estas transformaciones afectan de modo significativo la vigencia del pensamiento "clásico" sobre la integración regional, puesto que cuestionan los principales supuestos de sus discursos: la unidad de la cultura latinoamericana, su carácter mestizo, la idea de que la modernización se concilia fácilmente con nuestra identidad cultural, el carácter inclusivo de globalización, la integración social de las sociedades latinoamericanas y la capacidad del Estado de mantenerla o de recuperarla cuando en realidad ésta ha disminuido, la creencia en la estabilidad de sus sistemas democráticos, las tendencias al progreso social de las sociedades latinoamericanas (disminución de las desigualdades sociales, decrecimiento de las formas de marginalidad, mejoramiento progresivo de los niveles de vida de la población, aumento del nivel de empleo estable, seguridad laboral, acrecentamiento de las formas de participación social y política, etcétera). En contraste, Alain Touraine ha caracterizado como "desmodernización" y "regresión social" muchas de las transformaciones sociales que están experimentando las sociedades latinoamericanas (1995: 6). Por ello la elaboración de un pensamiento renovado sobre la integración enfrenta un conjunto de importantes desafíos:

a) asumir la compleja experiencia de los procesos de integración de las últimas

décadas en nuestra región y desde ella reflexionar sobre sus metas deseables y sus posibilidades actuales;

b) emprender un análisis sistemático del discurso de la integración en sus diversas formas: declaraciones gubernativas, análisis desde las ciencias sociales, especialmente la economía, la politología y las relaciones internacionales y de intelectuales ligados a los organismos de integración;

c) incorporar no sólo los principales resultados sino las teorías, conceptualizaciones y métodos de las ciencias sociales y en ese sentido convertir el discurso actual de la integración en ciencia aplicada;

d) desarrollar un estilo crítico, en el doble sentido de evitar el dogmatismo y pensamiento deductivo y volitivo, y plantear sus enunciados como provisorios y rectificables, sometiendo a un examen racional sus propios supuestos y principios: autorreflexividad y autovigilancia teórica;

e) superar el localismo latinoamericano y asumir una perspectiva comparativa para la cual la integración aparece como una tendencia general ligada a la dinámica misma de la modernidad y del Estado-nación y estudiar comparativamente la integración latinoamericana con los procesos correspondientes europeos, asiáticos y de América del Norte;

f) pensar la integración como un proceso global que incluye simultáneamente sus dimensiones políticas, económicas y culturales, y como un proceso participativo que compromete el conjunto de los sectores y grupos de las sociedades y no sólo a las élites políticas, administrativas y económicas: es decir, se trata de superar el estatalismo y el economicismo y pensar la integración desde las sociedades civiles;

g) relacionar internamente los modelos de integración con los del desarrollo cultural, humano, sostenible y equitativo que están siendo elaborados por la UNESCO, el PNUD, la CEPAL y diversos actores, y

h) estudiar cuidadosamente la conexión entre integración regional y algunos temas centrales de las ciencias sociales y del pensamiento social latinoamericano contemporáneo: estabilidad y participación de los sistemas democráticos, la inserción en la globalización y en la revolución científico-tecnológica, la integración social de las sociedades y los problemas de la modernidad en el ámbito iberoamericano.

A continuación presentamos diez proposiciones para la renovación del pensamiento de la integración regional. El conjunto es heterogéneo y su carácter es propositivo. Su heterogeneidad proviene de que incluye enunciados sobre condiciones de conocimiento, teóricos, temáticos y dos de carácter teórico-metodológico. Este conjunto de enunciados está abierto. Admite la adición de otros e incluso algún tipo de formulación que reúna a dos o más de ellos, o bien separe sus contenidos y convierta a alguno de ellos en dos o más. Su carácter propositivo

significa que se quiere invitar a reflexionar y debatir sobre esta forma de pensamiento. El proceso de constitución, desarrollo y autocorrección debe ser un proceso abierto a todos los que deseen participar.

*1. Supone un conocimiento preciso y crítico sobre la evolución del pensamiento sobre integración de los siglos XIX y XX*

No es difícil mostrar la necesidad de conocer de modo profundo, completo y preciso el desarrollo que ha tenido el pensamiento sobre la integración desde Simón Bolívar hasta Felipe Herrera; desde la idea de federación bolivariana, el panamericanismo, hasta la Comunidad Iberoamericana. Este pensamiento constituye nuestro legado y tradición y, en cierto sentido, nos ha constituido como sujetos comprometidos con estos procesos. Dicho de otra manera, este pensamiento contiene los modos como se ha construido socialmente, como hemos llegado a pensar el tema de la integración en nuestra región. Los discursos no son sólo interpretaciones sobre realidades constituidas prediscursivamente, sino que constituyen formas de construcción social de realidad.

El pensamiento clásico de la integración comprende un conjunto relativamente heterogéneo de discursos que tienen tres tipos de emisores: a) los discursos de distintos actores políticos sobre el tema; b) los gobiernos que se expresan casi siempre a través de los tratados y protocolos, y c) los discursos de los intelectuales ligados a los organismos de integración o los gobiernos y los de científicos sociales, relativamente independientes. La referida renovación requiere conocer los principales supuestos, principios, contenidos, variantes, modalidades, fortalezas y debilidades del pensamiento precedente sobre integración, es decir, su estructura y contenidos más importantes.

Siguiendo a De Imaz (1989), se lo podría caracterizar, en términos generales, como un pensamiento predominantemente deductivo, volitivo, normativo y optimista. El autor no precisa en qué sentido considera al pensamiento latinoamericano como deductivo, pero lo opone al pensamiento inductivo que en su opinión sería un pensamiento que se realiza a partir de los hechos. El deductivo, quizá, se construiría a partir de principios. Esta distinción sigue siendo muy general y ambigua. Podríamos decir, cautelosamente, que parte importante de los textos de este pensamiento tienen una tendencia deductiva en el sentido de que se desarrollan a partir de algunos principios que se consideran evidentes por sí mismos y desde ahí se obtienen por deducción algunos enunciados.

La mayoría de los enunciados de estos discursos son, en apariencia, descriptivos pero con frecuencia expresan mucho más lo que se desearía fuera la realidad, que lo que efectivamente es; otros son efectivamente descriptivos y hay



algunos que son explícitamente enunciados normativos sobre lo que debería ser y hacerse. El problema no reside en la presencia de juicios de "expresión de deseos" y de carácter valórico, puesto que ningún discurso sobre la sociedad carece de ellos e incluso están presentes en las aparentemente más neutrales descripciones sobre dichas realidades. El problema es la ausencia de equilibrio entre lo descriptivo, lo valórico y lo normativo, por una parte, y por la otra, en la presencia de un optimismo excesivo sobre las posibilidades de lograr objetivos integracionistas que tiene como base las referidas tendencias normativas. De este modo, se tiende a ignorar o a minimizar aquellas características o tendencias de las sociedades que constituyen un obstáculo a los proyectos integracionistas.

## *2. Requiere incorporar la dimensión histórica de los procesos de integración*

Un historiador francés, Alain Joxe, decía que los americanos del Norte y del Sur, aunque diferentes en muchos aspectos, carecíamos de conciencia histórica. Quizá se trata de una aseveración exagerada, especialmente en algunos países de la región, pero contiene mucho de verdad. En nuestros países, la producción historiográfica suele cumplir varias funciones y surge a partir de diversos intereses (prácticos, emancipatorios, hermenéuticos y otros). Por ello, pocos textos contribuyen al desarrollo de una conciencia histórica. Para que así fuera, sería necesario que mostraran una actitud abierta y reflexiva de comprensión del pasado en su complejidad, en sus tensiones y contradicciones; una actitud de renuncia a interpretaciones "evidentes" o dogmáticas, las que proviniendo del sentido común cultural y político satisfacen directamente ciertas expectativas y necesidades simbólicas de carácter nacional o sectorial.

Hay una segunda condición que dificulta el desarrollo de nuestra conciencia histórica: nuestra marcada orientación hacia el futuro, en el cual tendemos a depositar nuestras expectativas. Éste es imaginado, frecuentemente, como un estado de equilibrio en el cual se resolverán los problemas del presente. Desde esta perspectiva, el pasado aparece como negatividad, rémora, recuerdo de expectativas o proyectos incumplidos, un estado que hay que dejar atrás radicalmente. En otros casos, se pasa a la posición opuesta, característica de los sectores culturales tradicionales, de idealización del pasado, el cual habría tenido las condiciones de equilibrio y positividad que se han perdido en el presente y que hay que recuperar para salir de la crisis actual. En ambos casos, el pasado es simplificado, esquematizado y negado en su complejidad. En otros casos, la referencia al pasado es de simple antecedente u origen de lo presente. Esto puede tener un carácter simplemente informativo o bien poseer pretensiones

legitimantes, puesto que las ideas, instituciones u organizaciones parecieran más verdaderas si tienen un origen más antiguo.

La bibliografía sobre integración, haciendo una generalización, puede considerarse injusta en algunos casos, ya que las referencias al pasado suelen corresponder a las formas mencionadas: referencias informativas, antecedentes de evolución de tendencias, mención legitimadora de proyectos actuales, etcétera. En pocos casos, el análisis tiene una perspectiva histórica, la que no se puede reducir a una narración de antecedentes.

La propuesta en este caso sería incorporar a la renovación del pensamiento sobre la integración su dimensión histórica. Parece necesario saber claramente cómo surgieron y evolucionaron los principales proyectos de integración, desde la Independencia hasta el presente; en qué condiciones históricas nacionales e internacionales fueron formulados; cuáles fueron su carácter y supuestos, sus logros y debilidades y las razones de su término. En otras palabras, el conocimiento de la historia del pensamiento y las prácticas integracionistas en nuestra región nos permitirán superar el dilema entre el optimismo o el escepticismo, asumidos como opciones voluntarias y afectivas, y adoptar una actitud reflexiva en la cual la integración sea vista como una difícil tarea histórica pendiente. Dicha actitud comprendería un realismo lúcido y sereno unido a una voluntad integracionista capaz de vencer pacientemente los diversos obstáculos.

### *3. Se requiere introducir los análisis comparativos*

Uno de los déficits de la literatura sobre integración es la ausencia de una perspectiva comparativa. Las referencias a procesos de integración realizados en otras regiones es muy escasa y cuando se produce su objetivo, habitualmente, es usarlas como argumento en relación a algún tema de la integración latinoamericana. Los autores no demuestran mayor interés y conocimiento sobre procesos de integración tan importantes para nosotros como el de la Comunidad Europea o el mismo NAFTA. Observamos un localismo regional que no ha reflexionado sobre el hecho de que los procesos de integración, o al menos los acuerdos económicos de grupos de naciones, son una tendencia universal que encontramos, de modos distintos, en todos los continentes.

Podría decirse que, por una parte, son una respuesta a los procesos de crisis del Estado-nación moderno, por otra, son un fenómeno crecientemente expansivo en el escenario multipolar dada la creciente importancia de los bloques. En ambos sentidos se manifiesta que la integración regional es un fenómeno de la modernidad. Pero a diferencia de otros aspectos del pensamiento o realidad de la modernidad, la integración no ha sido radicalmente afectada por la llamada

"crisis de referentes", aunque en los últimos años en Europa encontramos un cuestionamiento creciente de estos procesos, sea por sus limitaciones, sus efectos sobre la identidad nacional, sus consecuencias negativas u otras razones (v.gr. Albuquerque, 1993 y Dahrendorf, 1994).

Para un pensamiento renovado sobre la integración, asume gran importancia el análisis del proceso de unificación europea. A pesar de sus dificultades actuales, se trata del más exitoso proceso de unificación, tanto por su complejidad como por el grado de profundidad que ha alcanzado. Implica la asociación de naciones que tenían una larga historia de guerras, competencias y conflictos. Se está produciendo un proceso de unificación de naciones que, aunque tenían elementos culturales compartidos, poseían marcadas diferencias, con culturas nacionales con diversas lenguas, costumbres e incluso creencias religiosas. Este proceso de unificación, que parece conducir a la constitución de una gran nación europea multinacional, nos permite entender mejor nuestros procesos de integración, con su ambigüedad real y conceptual, frente a procesos efectivos de unificación.

El caso del NAFTA es muy diferente al de la Unión Europea, sin embargo, también es importante para nosotros. De hecho constituye un proyecto de integración de América del Norte que podría incorporar a algunos países latinoamericanos pero cuyas orientaciones no son coincidentes con otras formas de asociación de la región, como ya señalábamos.

#### *4. Incorporar teorías y conceptualizaciones de las ciencias*

Los discursos de la integración pueden surgir desde posiciones y lenguajes muy diferentes. Muchos de sus textos están contruidos con la estructura de textos políticos. Esto es comprensible puesto que la integración tiene una indudable dimensión política, aunque sea un proyecto complejo que no se agota en ella. Siempre posee una dimensión simbólico-cultural, incluso cuando pareciera reducirse estrictamente a la racionalidad económica.

En otros casos, el lenguaje de los textos sobre integración asume la forma ensayística, característica del pensamiento social latinoamericano desde el siglo pasado. Dicho estilo de pensar, que ha tenido brillantes exponentes como José Martí, José Enrique Rodó, Octavio Paz, se caracteriza en sus mejores expresiones por la elegancia del estilo, la perspicacia de sus intuiciones, su carácter persuasivo, un tono enfático que no parece admitir dudas ni nuevas reflexiones y, muchas veces, una propensión a la acción. Su función parece ser la de estimular, potenciar emociones e invitar a la acción. La relación entre el autor y el lector es de acuerdo y complicidad: comparten muchos supuestos y



valoraciones, los unen similares convicciones humanistas, por ello la argumentación suele ser insuficiente.

Cuando en la presente situación el clima cultural se ha modificado; cuando muchas convicciones humanistas se debilitan; cuando asistimos a la crisis de proyectos sociales y políticos y de referentes; cuando el neoliberalismo parece convertirse en el único proyecto social y utopía; cuando la lógica del cálculo de utilidad tiende a sustituir las antiguas valoraciones; cuando un manto de escepticismo y conformismo parece apoderarse del ánimo, entonces el antiguo discurso de la integración requeriría ser profundamente renovado.

Ahora la reflexividad, la conciencia histórica, la cuidadosa argumentación y un nuevo realismo de explicitación de las virtualidades contenidas en los procesos actuales, deberían orientar el nuevo discurso de la integración. Si la realidad se ha transformado profundamente, éste debe asumir esas transformaciones y modificar su estilo de pensar.

La propuesta es la de incorporar no sólo los principales resultados de la investigación científico-social latinoamericana, sino sus teorías-conceptualizaciones y, en cierto sentido, sus métodos. Pero lo más importante sería que el nuevo pensamiento de la integración asumiera la criticidad, reflexividad, la autovigilancia epistemológica y teórica del discurso científico. No se trata de intentar convertir el tema de la integración en una nueva ciencia; no se trata, ciertamente, de convertirla en una tecnología, sino de elaborar un discurso informado que incorpore las concepciones y conocimientos actuales de las ciencias sociales. Dicho de otra manera, se trata de darle una nueva base a los discursos de la integración.

Esta nueva relación de la investigación científico-social significaría, asimismo, que la renovación del discurso de la integración incorporara la problemática actual de las ciencias sociales latinoamericanas y se preguntara de qué manera los procesos de integración pueden contribuir a aumentar la integración social, generar o potenciar nuevos actores sociales, especialmente populares, disminuir las desigualdades sociales, mejorar la calidad de vida, aumentar la participación social y política, ampliar la ciudadanía, disminuir la pobreza y la marginalidad, alcanzar un mínimo de autonomía en las relaciones internacionales, etcétera.

##### **5. Requiere estudiar los obstáculos a los procesos de integración**

Una de las principales características del pensamiento clásico de la integración, predominante hasta los ochenta, especialmente de los tratados intergubernativos y de los intelectuales ligados a los organismos de integración, fue la tendencia a enfatizar las posibilidades y los factores favorables y a minimizar sus obstáculos

y dificultades. Esta forma de pensamiento, de carácter voluntarista, confundía las posibilidades abstractas con las concretas. Es decir, no comprendía la profunda diferencia, explicitada por Hegel, entre una posibilidad que sólo lo es porque no es autocontradictoria y una posibilidad concreta que es realizable en una situación o coyuntura sólo cuando se dan o pueden crearse las condiciones mínimas necesarias (Vergara, 1997b). Pensar en términos de posibilidades concretas no significa asumir un pragmatismo conformista que sólo intenta realizar aquello inmediata y fácilmente posible, sino la capacidad de ir abriendo posibilidades que han sido bloqueadas y en ese sentido hacer posible lo que había sido hecho imposible (Hinkelammert, 1997). Esto significa renunciar tanto al optimismo del pensamiento clásico de la integración como al dogmatismo escéptico que no cree posible sino la creación de zonas de libre comercio, cuya capacidad de transformación de las sociedades es mínima.

Los obstáculos a la integración son de todo tipo, pero especialmente políticos y culturales. Entre los principales se cuentan: las características geográficas adversas, el nacionalismo, los prejuicios y desconfianzas entre las naciones, los antagonismos político-militares, el corporativismo de los distintos sectores en cada país (militares, empresariales, profesionales y otros), los constantes cambios económicos (alternancias de periodos de crecimiento o estancamiento y crisis), las diferencias culturales entre los países latinoamericanos, las presiones externas, la orientación cultural hacia afuera de la región, una visión escindida de nuestras raíces históricas, la ausencia de conocimiento sobre procesos de integración y otros (Godoy, 1989 y Vergara, 1997). Pero tal vez el mayor obstáculo sea la actual carencia de actores que puedan realizarla. La integración es hoy, paradójicamente, un proceso en busca de sus actores o de nuevos actores, puesto que no puede ser posible si se deja sólo librada a la voluntad e intereses cambiantes de los funcionarios ministeriales y los empresarios (Zemelman, 1997).

#### *6. Uno de sus principales temas de análisis es la relación entre desarrollo e integración*

En el pensamiento clásico de la integración el tema del desarrollo estaba presente, aunque de un modo insuficiente. Se pensaba que integración era en sí misma un camino o parte del proceso hacia el desarrollo; en otros casos, se reducía el desarrollo a sus aspectos económicos y se suponía que los procesos de integración debían ordenarse y subordinarse al desarrollo. Otros autores relacionaban la integración con un proyecto de desarrollo integral, como ha sido conceptualizado por la UNESCO, pero sin detenerse a reflexionar sobre los obstáculos a dicha cohesión. Por ejemplo, se dice que "las naciones se esforzarán por lograr el desarrollo paralelo y, en cuanto sea posible, simultáneo de la cultura

en sus distintas esferas, con el fin de conseguir un equilibrio armónico entre el progreso técnico y la elevación intelectual y moral de la humanidad" (UNESCO, 1967: 28).

Sin embargo, el problema es hoy más complejo. Primero, se ha generalizado en la región un modelo neoliberal, cuyas características hemos señalado. Segundo, existen otras alternativas: la transformación productiva con equidad planteada por la CEPAL, el desarrollo humano y otras. Tercero, el nuevo pensamiento sobre integración regional, en la medida en que se le concibe de modo integral y cultural, puede establecer las condiciones que debe reunir un modelo económico para constituirse en la base de un tipo de integración económica adecuada a este tipo de integración. Cuarto, se debe realizar un examen cuidadoso de cada uno de estos modelos para explicitar y evaluar su modelo de desarrollo y para establecer su compatibilidad con los objetivos ya referidos de la integración (Vergara, 1997).

#### *7. Uno de sus temas de reflexión permanente es la relación entre modernidad e integración regional*

En las últimas décadas se ha hecho manifiesta la crisis de la modernidad tardía y, con ella, el concepto de modernidad se ha hecho problemático. El pensamiento clásico sobre integración participa de los supuestos e ilusiones precedentes, especialmente de la idea de la tendencia al progreso, la necesidad de regular la organización social a través del crecimiento de las funciones del Estado, la conveniencia del desarrollo del mercado, el carácter positivo de la ciencias y la tecnología y la ausencia de conciencia medioambiental. Actualmente estos supuestos y principios han sido radicalmente cuestionados. Más aún, estamos reflexionando sobre la historia de América Latina, en el periodo republicano, desde el punto de vista de la crisis de la modernidad. En cierto sentido, la historia de este periodo es la historia de sus proyectos de modernidad. Las posibilidades de la modernidad en nuestra región, y no sólo de la modernización, están en pleno debate.

Frente al optimismo, casi irreflexivo, de los neoliberales que consideran que la modernidad no es sino modernización permanente, tal como ellos la entienden, han surgido diversas posturas críticas desde las ciencias sociales y la filosofía, las que proporcionan relevantes elementos para una crítica de la modernidad latinoamericana.

El pensamiento renovado de la integración debe incorporar el debate internacional y latinoamericano a su propio desarrollo, reflexionar de modo sistemático y permanente sobre la compleja y polémica relación entre modernidad e integración regional y analizar en qué medida concuerdan o divergen. En todo



procesos de integración, parecen requerir de un esfuerzo teórico sostenido para elaborar una teoría de la integración regional. Como se ha dicho, los bloqueos de la práctica nos remiten a dificultades de la teoría y en este caso, el discurso sobre integración, en sus distintas formas, ha tenido un escaso desarrollo teórico.

Las dificultades teóricas comienzan con el propio concepto de "integración". A diferencia del de "unificación", "cooperación" e incluso "globalización", empleados en el lenguaje político y de las relaciones internacionales, el de "integración" parecería carecer de perfiles semánticos precisos y su extensión es excesiva. Esta ambigüedad no es sólo semántica, ni se podría resolver exclusivamente a este nivel, sino que corresponde a la ambigüedad de los procesos de integración en nuestra región. Más aún, en el uso habitual de este concepto se introducen, con frecuencia y sin mucha conciencia de ello, dimensiones normativas implícitas. Se requiere hacer un esfuerzo para precisar el uso de estos conceptos e insistir en denominaciones exactas, puesto que mucho de lo que en nuestros países se considera "integración" no son más que formas de concertación, cooperación o globalización (v.gr. Guédez, 1995; Larraín, 1996; Tokatlián, 1996 y Vergara, 1997). Y éste no es sólo un problema semántico, necesitamos contar con categorías de análisis precisas para comprender y evaluar este tipo de procesos.

El análisis de las categorías no es la única tarea de una teoría de la integración latinoamericana. Como se decía, requiere pensar o repensar la integración regional en relación a los grandes temas de la teoría social contemporánea: el problema de la integración social, de la autonomía de las personas en relación a las formas de organización, la modernidad y la modernización, la participación social y política, el pluriculturalismo, la democracia, el desarrollo, la igualdad y el reconocimiento del otro, etcétera. El pensamiento renovado de la integración no puede pretender convertirse en un saber especializado, sino en una parte de un nuevo pensamiento sobre América Latina, en el cual se renueven y actualicen sus mejores tradiciones en relación a los desafíos y problemas contemporáneos.

### *10. La dimensión participativa de la integración regional*

Hemos reservado para el último lugar el tema de la participación en los procesos de integración, justamente para destacar su importancia. Aquí radica el núcleo de la renovación del pensamiento de la integración, puesto que a él convergen todos los otros aspectos y al mismo tiempo la participación pareciera ser la condición de posibilidad de las otras transformaciones descritas.

Podemos decir que, en general, la tendencia predominante de los procesos de integración ha sido elitista y no participativa. Esto se muestra, primero, en el hecho de que las iniciativas y esfuerzos para ampliar la participación en estos

caso, la integración es una de las posibilidades de realización de la modernidad, pero tal vez se haya convertido en necesaria, pues quizá estemos ante el agotamiento del Estado-nación en nuestra región.

#### *8. Debe desarrollar una orientación antropocéntrica o un nuevo humanismo*

Esta es otra de las cuestiones centrales que debe abordar el nuevo pensamiento de la integración. Por una parte, asistimos a la crisis de las formas anteriores de humanismo: católico, liberal democrático, socialista y otros, tanto en sus versiones europeas como latinoamericanas, así como de las formas de racionalidad ligadas a ellas; por otra parte, estamos viviendo un periodo de auge de las corrientes antihumanistas y antiutópicas: el neoliberalismo, el creciente tecnocratismo, el postmodernismo y el nietzschianismo. De este modo, la creciente deshumanización de la existencia contemporánea y la presencia de sus tendencias autodestructivas señaladas por diversos autores (Fromm, Guatari y otros) parece normal. Se ha producido una indiferencia y un conformismo de masas que acepta lo inaceptable cuando se realiza en nombre del orden, el mercado y la eficiencia.

El pensamiento renovado de la integración puede contribuir en América Latina a la creación de un nuevo humanismo o antropocentrismo en el cual puedan concurrir las contribuciones de la teoría de la acción comunicativa, el psicoanálisis (social), el pensamiento ecológico, las teorías participativas, de los derechos humanos, el pensamiento latinoamericano y otras posturas.

No se trata sólo de oponer valores trascendentales a la racionalidad instrumental, como lo intenta el tradicionalismo y el conservadurismo católico; una ética del sacrificio o del deber a la búsqueda del placer; las necesidades de la cultura al economicismo; una ética altruista al egoísmo; un colectivismo desindividualizante al individualismo posesivo; valores superiores éticos, estéticos o religiosos a la búsqueda de la utilidad; un espiritualismo descarnado al materialismo economicista; las demandas de participación al tecnocratismo, u otras contraposiciones análogas. Se trata más bien de intentar superar dilemas, aparentes contradicciones absolutas y repensar el bien común de modo de integrar las oposiciones y afirmar sobre una nueva argumentación el derecho a la vida de todos y de la propia naturaleza, el derecho a la participación y el reconocimiento.

#### *9. Se requiere desarrollar una nueva teoría crítica de la integración regional*

La difícil historia de la integración latinoamericana, la compleja situación actual y los obstáculos que se presentan para la diversificación y el desarrollo de los

procesos han sido esporádicos, generalmente discontinuos, y han llegado a sectores (muy) limitados. Afortunadamente, en el Mercosur existe conciencia de estas limitaciones y voluntad de enfrentarlas. Recientemente, se ha creado el Foro Consultivo Económico-Social (FCES) que incluye no sólo representantes empresariales, sino laborales e incluso de asociaciones de consumidores, como sucede, en alguna medida, en la Unión Europea (Podestá, 1997: 52). Segundo, en más de treinta años de procesos de integración no ha habido ningún proyecto sistemático, amplio, permanente, diversificado y masivo de educación para la integración que incluya la educación sistemática y los medios de comunicación. El público de los medios recibe informaciones fragmentarias, periodísticas y carece de conocimientos mínimos sobre lo que significa integración regional y el estado de ella. Tercero, históricamente tampoco ha existido un esfuerzo sistemático de investigación en temas de integración, más allá de los estudios económicos —con frecuencia coyunturales sobre los efectos de la aplicación de diversos tratados— y, en los últimos años, politológicos. Cuarto, la formación de personal de gobierno en esta temática ha sido en general insuficiente.

Existen algunos postgrados en integración en varios países de la región, la mayor parte de ellos creados en los últimos años. Estos son casi todos de integración económica y son pocos los funcionarios de gobierno encargados de aplicar las políticas de integración que han accedido a ellos. Podría responderse que los recursos con que han contado los organismos de integración han sido siempre muy limitados. Sin embargo, la pregunta se traslada ahora al porqué los gobiernos no han destinado esfuerzos y medios suficientes a estos objetivos. Una explicación sería que los Estados y los gobiernos participan en los procesos de integración buscando ciertos efectos políticos positivos a corto plazo pero, paradójicamente, no están dispuestos a asumir (todos) los esfuerzos que implica realizarlos, salvo el caso que dichos acuerdos correspondan a intereses relevantes de los sectores empresariales nacionales o transnacionales. Por ello, no se ha procurado crear las condiciones que harían posible que dichos procesos se extendieran más allá de las oficinas de los ministerios, de las organizaciones especializadas públicas o privadas y de las empresas interesadas. Se dice y se supone que la integración regional debe hacerse para la gente, pero hasta ahora se ha hecho *sin* la gente. En este sentido, la propuesta central de un pensamiento renovado sería la de cambiar el centro de la integración o mejor dicho *descentrarla* e imprimirle una suerte de revolución copernicana: ampliarla desde los Estados y empresas hacia la sociedad civil; pensar y hacer la integración desde las sociedades y su diversidad de actores.

La voluntad integradora no podría concebirse con un solo centro unificado, sino más bien como un conjunto o red de grupos políticos, de etnias, de



movimientos sociales: de género, juveniles, sindicales y otros, grupos regionales, religiosos, urbanos; de instituciones académicas, educadores, artistas, intelectuales, escritores, científicos sociales, naturales, ecologistas y muchos otros. Ninguno podría pretender hegemonizar este vasto conglomerado y dirigirlo sin la participación de los otros. La integración se convertiría así en un proceso relativamente descentralizado y diversificado. Los intentos de hacerlo transcurrir sólo por la vía de los acuerdos económicos y someterlo a su lógica no podrían sino inhibirlo (Vergara, 1997b).

## Bibliografía

- Alburquerque, Francisco (1993), "Líneas de convulsión en el escenario europeo", en *Nueva Sociedad*, Caracas, Ed. Nueva Sociedad, núm. 125, mayo-junio.
- Aranibar, Antonio (1996), *De Roma a Cochabamba: hacia la búsqueda de acuerdos fecundos. (Reflexiones para el diálogo Unión Europea-Grupo de Río)*, VI Reunión Institucionalizada Unión Europea-Grupo de Río, Cochabamba, 15 y 16 de abril.
- Beil, Daniel (1994), "La Europa del siglo XXI", en *Claves de razón práctica*, Madrid, núm. 44, julio-agosto.
- Bustamante, Fernando (1996), "La promoción de la democracia en América Latina y el Grupo de Río", en Raúl Barrios (editor), *El Grupo de Río: un diálogo vigente*, La Paz, Unidad de Análisis de Política Exterior, Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia.
- Calderón, Fernando, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone (1996), *Esa esquiva modernidad. Desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*, Caracas, Ed. UNESCO/Nueva Sociedad.
- Dahrendorf, Ralf (1994), "Contra la Europa de Maastricht. Diálogo con Ralf Dahrendorf", en *Claves*, Madrid, núm. 43, junio.
- Deniz, José (1997), "El Mercosur y la Unión Europea", en *Nuevos rumbos para la integración ante el desafío de la globalización*, La Paz, Instituto Internacional de Integración del Convenio Andrés Bello.
- Dentice Enrique (1997), "Globalización y regionalización ¿La aldea de MacLuhan?", en *Tiempos del Mundo*, Buenos Aires/Santiago de Chile, núm. 32, año I.
- Duverger, Maurice (1972), *Las dos caras de Occidente*, Barcelona, Ed. Ariel.
- Fehér, Ferenc (1991), "Las tradiciones socialistas y la trinidad de *liberté, égalité, fraternité*", en *El socialismo del futuro*, Madrid, Fundación Sistema, núm. 4, diciembre.
- Formento, Susana, Álvaro Francia y Roberto Gadivia (1996), "Globalización y

- Mercosur. De la integración económica a la integración microeconómica", en *Cuadernos del Claeh*, Montevideo, 2a. Serie, año 21, núm. 4.
- Frohmann, Alicia (1990). *Puentes sobre la turbulencia. La concertación política latinoamericana en los 80*, Santiago de Chile, Ed. FLACSO.
- Godoy, Hernán (1989), "La integración cultural en América Latina", en *Integración Latinoamericana*, Buenos Aires, Instituto para la Integración de América Latina, año 14, núm. 149-150.
- Guédez, Víctor (1995), "Hacia una definición operacional de la integración cultural", en *Tablero (Revista del Convenio Andrés Bello)*, Bogotá, año 19, núm. 49, abril.
- Habermas, Jürgen (1984), "La crisis del Estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas", en *Ensayos políticos*, Barcelona, Ed. Península.
- (1990), *La necesidad de revisión de la izquierda*, Madrid, Ed. Tecnos.
- Hinkelammert, Franz (1984), *Crítica de la razón utópica*, San José de Costa Rica, Ed. DEI, caps. II y V.
- (1988), *La deuda externa en América Latina. El automatismo de la deuda*, San José de Costa Rica, Ed. DEI.
- (1992), "La lógica de la expulsión del mercado capitalista mundial y el proyecto de liberación", en *Pasos*, San José de Costa Rica, núm. 3.
- (1996), "Los muertos en los sótanos del Occidente: la metafísica de la inhumanidad y nuestra respuesta", en *Pasos*, San José de Costa Rica, Ed. DEI, núm. 67.
- (1997), *Conferencia en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile*, 28 de mayo.
- Hopenhayn, Martín (1996), "Ni apocalípticos ni integrados (ocho paradojas discutibles)", en *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, Santiago de Chile, Ed. FCE.
- Kennedy, Paul (1993), *Hacia el siglo XXI*, Barcelona, Ed. Plaza y Janés.
- Larrain, Felipe (1996), "Chile frente al NAFTA y los acuerdos comerciales", en *Chile y el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA)*, Valparaíso, AAVV, Centro de Estudios y Asistencia Legislativa de la Universidad Católica de Valparaíso.
- Larrain, Jorge (1996), *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello.
- Lechner, Norbert (1992), "La búsqueda de la comunidad perdida. Los retos de la democracia en América Latina", en *Sociológica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, año 7, núm. 19, mayo-agosto.

- Ondarts, Guillermo (1992), "La nueva integración", en *Integración Latinoamericana*, Buenos Aires, INTAL, año 17, núm. 175.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (1967), *¿Qué es la UNESCO?*, París, UNESCO.
- Podestá, Bruno (1997), "Globalización, integración y sociedad", en *Tablero*, Bogotá, año 21, núm. 56.
- Rico, Carlos (1996), "De la crisis centroamericana a la Ley Helms-Burton y más allá", en Raúl Barrios (editor), *op. cit.*
- Ruiz Contardo, Eduardo (1992), "Chile, ¿un cambio 'democrático' antipopular?", en Pablo González Casanova y Marcos Roitman (coords.), *La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas*, Madrid, Ed. Complutense/Universidad Complutense de Madrid/CIIH-UNAM, 1992, pp. 105-115.
- Rojas, Francisco (1993), "América Latina. El difícil camino de la concertación y la integración", en *Nueva Sociedad*, Caracas, núm. 125, mayo-junio.
- Tokatlián, Juan Gabriel (1996), "El Grupo de Río y la concertación. ¿Una década perdida?", en Raúl Barrios (editor), *op. cit.*
- Touraine, Alain (1995), "Así habló Alain Touraine", en *Nueva Economía*, La Paz, año III, núm. 93, 25 de septiembre.
- Vacchino, Juan Mario (1992), "La dimensión institucional en la integración latinoamericana", en *Integración Latinoamericana*, Buenos Aires, INTAL, año 17, núm. 185, diciembre.
- Vergara, Jorge (1984), "La contribución de Popper a la teoría política neoliberal", en *Crítica y Utopía*, Buenos Aires, CLACSO, núm. 12.
- (1995), "La crisis del socialismo y los valores de la modernidad", en *Anuario Mariateguiano*, Lima, vol. VII, núm. 7.
- (1997a), *Propuestas para el diseño de la Maestría de Integración*, La Paz, Documento de Trabajo del Instituto Internacional de Integración del Convenio Andrés Bello.
- (1997b), "Integración e integración cultural. Hacia una concepción renovada de la integración en América Latina", en *Nuevos rumbos para la integración ante el desafío de la globalización*, *op. cit.*
- Weffort, Francisco (1993), *¿Cuál democracia?*, San José de Costa Rica, Ed. FLACSO.
- Zemelman, Hugo (1992), "La democracia limitada y los excesos teóricos", en Pablo González Casanova y Marcos Roitman (coords.), *op. cit.*, pp. 91-102.